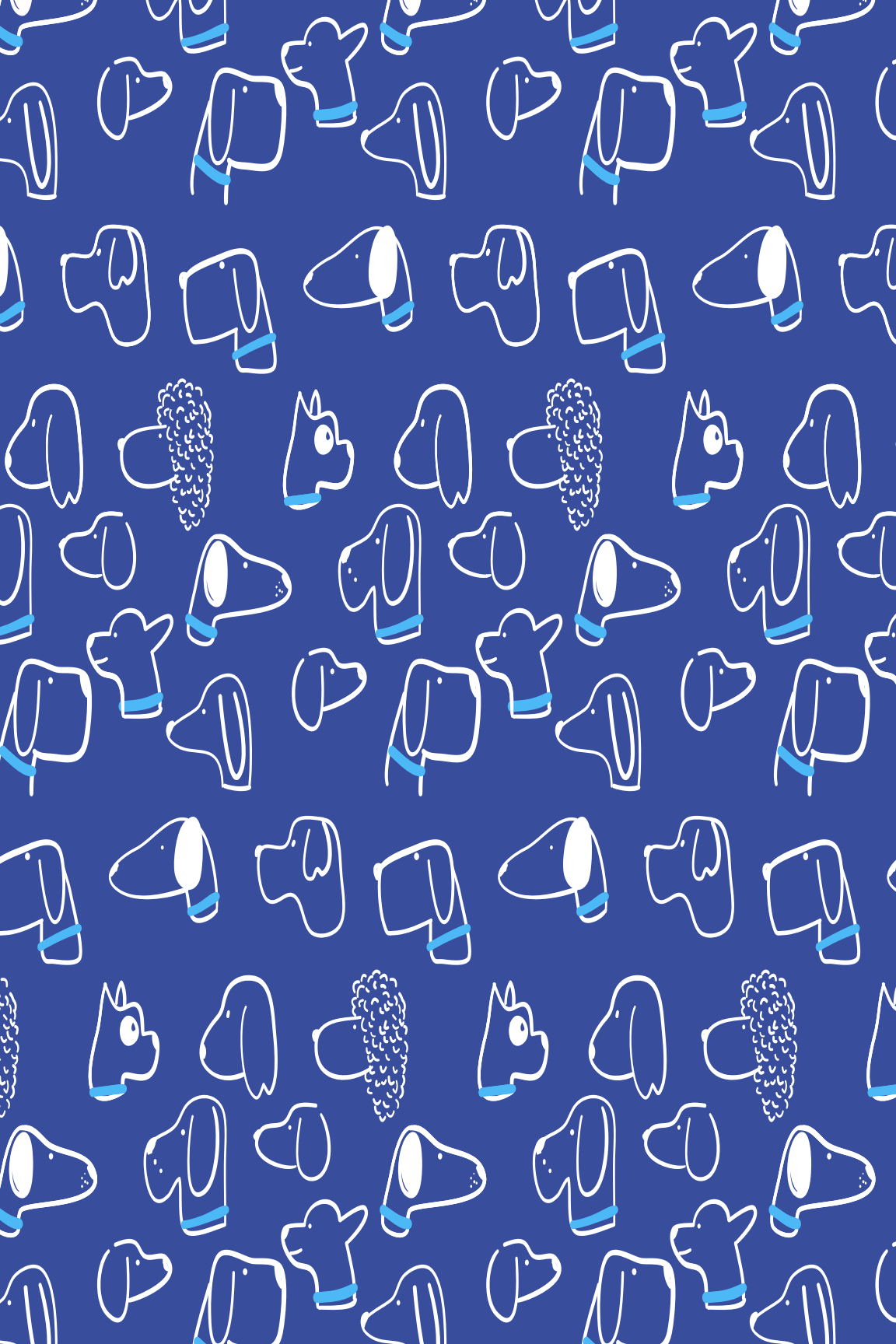


Donde habita la lealtad

Donde habita la lealtad

MARCO ANTONIO RAMOS TORRES

Durii

A todas esas personas que encuentran la lealtad
eterna en los seres más especiales de la Tierra.

A toda esa gente que ha pasado un duro duelo o lo está
pasando con sus mascotas y que ama a los animales.

A mi hermana y a mi madre, dos mujeres
que aman con locura a sus perritas.

1

Bajo la lluvia

La noche en Roma caía como un manto de sombras sobre las calles empedradas. La lluvia golpeaba con insistencia los tejados y resbalaba por las farolas, formando pequeños riachuelos que corrían por las aceras. La ciudad, siempre vibrante, parecía detenida en un instante de melancolía, como si el tiempo mismo se hubiera rendido al peso de la tormenta.

Marc D'Alessio, un hombre de presencia imponente. Alto, con una complexión fuerte y bien cuidada, reflejo de años de disciplina y trabajo incansable. Su cabello, castaño oscuro, siempre estaba peinado con un ligero desorden intencionado, como si el tiempo nunca le alcanzara para preocuparse demasiado por su aspecto. Tenía una mandíbula marcada, el mentón firme y una ligera sombra de barba que rara vez tenía tiempo de afeitar completamente.

Pero lo que más destacaba en él eran sus ojos: un tono avellana intenso, casi dorado bajo la luz del sol, con una mirada calculadora y profunda, como si siempre estuviera evaluando cada situación. Sin

embargo, en esos mismos ojos se escondía un peso invisible, una sombra de algo que pocos conocían: el dolor de haber perdido a su madre cuando aún era un niño. Caminaba una noche a paso firme, con el abrigo empapado y la mirada perdida en la nada. Su vida, estructurada y medida al segundo, no tenía espacio para el caos. Y, sin embargo, el caos lo rodeaba. Su empresa atravesaba problemas, las traiciones del pasado aún pesaban en su pecho, y en su mente resonaba el eco de su propia soledad.

No necesitaba a nadie. No confiaba en nadie.

Giró en una esquina y entonces lo vio.

Un perro, encogido sobre sí mismo, temblaba bajo la lluvia. Su pelaje, antes blanco, estaba cubierto de lodo y suciedad. Sus costillas se marcaban con crudeza bajo la piel, prueba de días sin alimento. Pero lo que más llamó la atención de Marc fueron sus ojos: dos pozos oscuros llenos de tristeza, pero también de una esperanza que se negaba a morir.

Marc siguió caminando. No tenía tiempo para salvar a un perro callejero.

Pero entonces, el perro gimió. Un sonido bajo, casi un susurro, como un llamado ahogado en la tormenta.

Marc apretó la mandíbula. «No es mi problema», pensó. Sin embargo, sus pies se detuvieron. Algo en ese lamento hizo que su corazón se apretara, como si estuviera escuchando una historia que ya conocía.

Suspiró con frustración y miró alrededor. Nadie más iba a detenerse. Nadie más iba a verlo.

Dio un paso hacia el animal.

El perro levantó la cabeza, con los ojos vidriosos y la respiración entrecortada. No se movió, no retrocedió con miedo ni se abalanzó con esperanza. Solo lo miró, como si supiera que en ese momento se estaba decidiendo su destino.

Marc no sabía por qué lo hacía. Tal vez era la tormenta, el cansancio o el simple hecho de que, por un segundo, se vio reflejado en aquel animal abandonado.

Se quitó el abrigo, se agachó y, sin pronunciar palabra, envolvió al perro en él.

—No sé por qué hago esto —murmuró, levantándolo con cuidado—. Pero supongo que tú tampoco tienes idea de por qué sigues esperando que alguien aparezca.

El perro no respondió. Solo apoyó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos.

Sin saberlo, en ese instante, Marc había dado el primer paso hacia el único amor que nunca lo traicionaría.

Aquel perro abandonado había nacido en un pequeño criadero clandestino en las afueras de Roma. Era un mestizo con rasgos de pastor blanco suizo, una raza noble, leal y protectora. Desde cachorro, mostró una inteligencia especial y un deseo constante de compañía. Pero su destino no sería el que merecía.

Un hombre lo compró impulsivamente, sin pensar en la responsabilidad que conllevaba. Durante un tiempo, vivió en un apartamento pequeño con vistas a las estrechas calles adoquinadas de la ciudad. Aprendió a buscar la compañía de su dueño, a esperar pacientemente junto a la puerta, a mover la cola cada

vez que lo veía entrar. Pero aquel hombre era indiferente. Apenas lo sacaba a pasear, y cuando lo hacía, eran caminatas cortas y apresuradas por los callejones.

Ese perro en ese entonces llamado Milo creció, y lo que antes era un cachorro adorable se convirtió en un perro joven, lleno de energía. Necesitaba correr, explorar, sentir el viento en el rostro. Pero su dueño no tenía tiempo para eso. Se cansó de los paseos, de los ladridos que pedían atención, de la mirada que imploraba afecto.

Una noche, sin entender por qué, Milo, como su antiguo dueño le llamaba, fue subido a un coche. La brisa nocturna de Roma acarició su rostro mientras miraba por la ventana los monumentos y plazas que jamás había podido explorar. El coche serpenteó por calles cada vez más oscuras y solitarias hasta detenerse en una zona desconocida para él.

El hombre abrió la puerta y, sin decir nada, lo empujó fuera. Milo se quedó quieto, confundido, esperando que lo llamara de vuelta. Pero lo único que vio fueron las luces traseras alejándose hasta desaparecer entre las sombras de la ciudad.

Pasaron los días. Milo vagó por las calles de Roma, entre plazas llenas de turistas y callejones silenciosos donde el hambre lo obligaba a buscar comida entre la basura. Durmió bajo pórticos de iglesias y junto a las antiguas fuentes donde el sonido del agua le daba un poco de calma. La lluvia lo empapó, el frío se instaló en sus huesos, y la soledad se convirtió en su única compañía.

Una noche, exhausto y sin fuerzas, se dejó caer en una acera de una callejuela empedrada. Se encogió

sobre sí mismo, temblando bajo la lluvia, sin saber qué más hacer.

Fue entonces cuando Marc giró en aquella esquina y lo vio.